

LA ULTIMA MODA

Revista ilustrada Hispano-Americana.
TODO POR LA MUJER Y PARA LA MUJER

Se publica los Domingos.

Madrid 15 de Abril de 1894.—Oficinas: Claudio Coello 13.

Año VII.—Núm. 328.

SUMARIO

TEXTOS.—Crónica, por Blanca Valmont.
—Carnet de la Moda, por Clementina.
—Explicación de los grabados.—
Explicación del Figurín acuarela.—
Concurso literario de LA ULTIMA
MODA: artículos premiados con men-
ción honorífica: *Pobre niña!*, por
Carmen Rojo.—*A la luz de la lámpa-
ra*, por El Abate.—Preguntas y res-
puestas, por LA SECRETARIA.—Libros
nuevos.—Menús de LA ULTIMA MODA.
—Pasatiempo.—Soluciones.—Me-
mento.—Anuncios.

GRABADOS.—FIGURINES: Trajes para re-
cibir (dos modelos).—Toilettes de
luto (tres modelos).—Chaqueta de
luto.—Cuerpo para traje de visita.—
Cuerpo para traje de paseo.—Trajes
de Primera Comunión (cuatro mo-
delos).—Sombrero ANITA.—Traje
para paseo (delantero y espalda).—
Traje para concierto.—Traje para
visita (delantero y espalda).—Traje
para calle.—Sombrero LUISITA.—
Sombrero AURORA.—Sombrero CAR-
MELA.—Reverso del Figurín acuare-
la.—LABORES.—Hoja núm. 5 del Al-
bum: estuche para abanico (dos
modelos).—Libro de apuntaciones
(dos modelos).—Paillero.—Carnet
de baile.—Almohadon para caja de
violín (tres modelos).—Platillo para
lámpara.—Almohadon bordado (dos
modelos).—Cenefa a punto Holbein.
Puntilla al crochet (dos modelos).—
Arandela bordada.—Cenefa de tapi-
cería.—Puntilla de mano (dos mo-
delos).—Platillo pintado.—Entredos
bordado.—Entredos al crochet.—
Cortina para cuna, bordada al pa-
sado (dos modelos).
FIGURIN ACUARELA.—Trajes para niñas
(cinco modelos.)

CRONICA

El baile que se ha ce-
lebrado en el mag-
nífico salón de la
Gran Opera á bene-
ficio de la Caja de
Socorros de los mi-
litares de mar y tierra, ha sido
este año la fiesta más brillan-
te de cuantas hasta ahora nos
ha ofrecido la actual Prima-
vera.

Desde el artístico vestíbulo
el cuadro que aparecía á la
vista tenía algo de mágico.
Al pié de la escalera, la galan-
te oficialidad agasajaba á las
señoras ofreciendo el brazo á
las que no iban acompañadas
por algún caballero, y las ob-
sequiaba además con precio-
sos ramos de flores y lindísi-
mos *carpets* de baile.

Dos orquestas, una en el
salón y otra en el *foyer*, eje-
cutaban los más cadenciosos
vales y los más característi-
cos rigodones, ofreciendo un
golpe de vista verdaderamen-
te encantador las numerosas
parejas, que al hacer las figu-
ras ó dar las vertiginosas vuel-
tas de vals, confundían como
en una orgía de luces y colo-
res los trajes y la pedrería de
las damas, con los dorados
uniformes de los militares y
las blancas pecheras y los se-
veros trajes negros de los pai-
sanos.



Núm. 1.—Traje para recibir.

Año VII.—Núm. 328.—M.

A las doce de la noche, todos los palcos estaban llenos de bellas y elegantes señoras, y los primeros acordes de una banda militar que tocaba la retreta, obligó á los caballeros á replegarse formando un marco del salón, que quedó vacío, para que hiciese su triunfal entrada la música militar con los oficiales que precedidos de ilustres generales debían hacer alarde de su marcial apostura.

A este paseo militar, debía seguir la batalla de flores. Los clarines y tambores anunciaron la llegada del ejército masculino que debía combatir con el femenino, atrincherado en los palcos.

Las damas saludaron á sus adversarios con vítores y aplausos. Los fraques y los uniformes se confundieron para formar un solo cuerpo de ejército. La banda comenzó á tocar un brillante paso de ataque, la generala Mercier dió la señal, y acto continuo comenzaron las señoras y señoritas que ocupaban los palcos á arrojar proyectiles sobre el enemigo. En un momento se generalizó el combate. Los caballeros arrojaban también lindos ramitos y preciosas flores á los palcos; las damas rivalizaban con ellos en pujanza y destreza. En lo más recio de la pelea, los coristas de la Ópera, ocultos como la orquesta en las obras de Wagner, cantaban himnos bélicos. ¡Qué espectáculo, mis queridas lectoras! Aquello parecía un sueño!

Como la victoria debía consistir en que un galán se apoderase del ramo arrojado por la dama... de sus pensamientos, y en que una dama pudiera ostentar después el ramito ó la flor arrojados por el galán de su predilección, estas y aquellos procuraban á toda costa conseguir lo que debía ser símbolo de su triunfo.

La guerra no se concibe sin estrategia, y algunas señoras pusieron en práctica un ardid para engañar al enemigo. Arrojaban el ramo, el caballero que lo esperaba se lanzaba á cogerlo, sus manos le tocaban, se creía dueño de la codiciada presa, y de pronto se le escapaba para volver al sitio de donde había partido, gracias á un invisible y fuerte hilo que atado al ramo permitía á su dueña retirarlo rápidamente.

Una hora duró el combate, y no cesó por falta de combatientes, sino por falta de proyectiles. Se dió el toque de alto el fuego; y abandonando las señoras los palcos, fraternizaron con sus enemigos, la orquesta ejecutó de nuevo rigodones y vales, las fuerzas beligerantes bailaron, y á las cuatro de la madrugada un cotillón de carácter militar puso término á la fiesta, que ha sido

como dije al principio brillantísima, y ha proporcionado á la obra caritativa á que se han dedicado sus productos crecidas sumas, que aliviarán muchas desgracias y enjugarán muchas lágrimas.

En la solemnidad de que acabó de hacer sucinta relación, se lucieron las nuevas y amplias mangas de los trajes de baile, artísticamente ceñidas al brazo, que sin perder volumen resultan elegantes; y también los escotes cuadrados, bordados de terciopelo, de pasamanería, de galones constelados de lentejuelas ó de tul perlado de plata y oro.

Los grandes bailes y los ban-

quetes de ceremonia se suceden; pero no con tanta prodigalidad como se esperaba. En cambio se multiplican las reuniones de verdaderos amigos, tanto por la tarde, ahora que son largas y se pueden pasar algunas horas en los jardines que empiezan á vestir sus galas, como por las noches, sin que por eso dejen de ostentar las señoras y señoritas los preciosos modelos de última novedad, pero buscando en ellos más que la riqueza y el lujo, el buen gusto y el arte.

En estas reuniones íntimas, la conversación constituye el número más interesante del programa. Se hace música, se baile también; y no faltan, por la tarde el té, los vinos generosos y las pastas; por la noche los dulces y los helados; pero estas reuniones de buenos amigos, tienen la ventaja de que no exigen grandes gastos ni ocasionan las molestias que las recepciones ceremoniosas y los grandes bailes.

Natural es que los ministros, los embajadores y las familias de la aristocracia de la sangre ó del dinero, den suntuosos banquetes y *soirées* espléndidas. Esto responde á lo elevado de la posición que ocupan en la sociedad; pero van convenciéndose las señoras que reciben, de que es mucho más agradable pasar unas cuantas horas en la amena y codiciada compañía de personas á quienes se estima, y pueden elegirse para que

con sus peculiares cualidades formen una reunión interesante, que no sacrificar crecidas sumas y pasar largas horas de preocupaciones y aburrimiento entre señoras y caballeros á quienes apenas se conoce.

En esto como en todo, la Moda vuelve los ojos al pasado para resucitar con los encantos del progreso moderno, con los atractivos de la actualidad, todo lo bueno que nos han legado las pasadas generaciones de sus usos, costumbres y ceremonias.

El trato es uno de los más nobles, más puros y más agradables placeres de la vida social; pero á condición de que se nos permita elegir las personas que por sus dotes especiales congenien con nosotros, y que por la variedad de sus caracteres, sometidos todos á las reglas de la más exquisita educación inspirada en el mutuo afecto, pueda servir no solo para ofrecernos grato solaz, sino para dar una idea de la inteligencia de quien ha sabido reunirlos.

Además, estas reuniones que no obligan á trasnochar porque terminan lo más tarde á las doce de la noche, son más higiénicas y saludables que las que nos condenan á sacrificar en aras de un placer ficticio las horas que deben consagrarse al descanso.

De modo, que todo tiende á disfrutar de la intimidad en la apacible y bienhechora atmósfera de la más distinguida sencillez.

En cambio se ha introducido unacostumbre que no ha de ser seguramente del agrado de mis lectoras, porque tiende á quitar importancia al hogar para dársele á esos Casinos y Círculos modernos, que aunque son verdaderos y magníficos palacios, apartan á los hombres del seno de su familia y fomentan el egoísmo de los que aceptan gustosos el celibato, porque aunque en moneda falsa, poseen cuanto pueden necesitar para hacerse la ilusión de que viven en el me-



Núm. 2.—Toilettes de luto.



Núm. 3.—Chaqueta de luto.



5595

Núm. 4.—Cuerpo para traje de visita.



5562

Núm. 5.—Cuerpo para traje de paseo.



Num. 6.—Traje de Primera Comunión.

¡Cuánto más agradables son los banquetes que organizamos en nuestra propia casa, con la vajilla que es nuestra y con un *menú* que hemos formado, teniendo en cuenta las aficiones de nuestros comensales!

La costumbre que cito pasará pronto. Los caballeros continuarán frecuentando los Casinos y convidando á comer en ellos á sus amigos; pero los banquetes con señoras en un local alquilado, han de durar muy poco.

Una lamentable revolución se está operando en el seno de las familias inglesas. Las jóvenes, que por lo visto se han ilustrado más de lo conveniente, aspiran á romper los viejos moldes de la familia, y quieren la libertad de que disfrutaban sus casi compatriotas las norte-americanas.

Las revistas especiales de Londres apoyan ó combaten estas aspiraciones, y me propongo en una de mis próximas Crónicas informar á mis amables y queridas lectoras, de este curioso y deplorable movimiento revolucionario.

BLANCA VALMONT.

Carnet de la Moda.

Trajes de batista.

Las batistas que la Moda nos ofrece este año para confeccionar los lindos y vaporosos trajes de Verano, en nada se parecen á las que usamos en años anteriores; pero tengo el placer de hacer constar que las innovaciones que en ellas se aprecian, están muy lejos de hacerlas desmerecer lo más mínimo. Mis lectoras me darán seguramente la razón, cuando sepan que la mayor novedad de las batistas modernas, consiste en que están fabricadas con seda y algodón, con lo cual su aspecto ha ganado no poco en elegancia.

Los fondos del tejido que origina las presentes líneas, son blancos en su inmensa mayoría; así como el dibujo que más los caracteriza, consiste en un cuadrulado formado por

jor de los mundos.

Hay en París tres espléndidos Círculos: el *Agrícola*, el *Real*, y el *Epalant*, y los socios han introducido la costumbre de invitar á comer á las personas á quienes desean obsequiar, aunque no figuren en las listas de los miembros de estas sociedades.

Después de la comida, son admitidos los invitados en los salones y presentados á cuantos socios se encuentran en ellos. Un soltero ó un casado, poco afecto á su hogar, pueden de este modo agasajar á un amigo. En el *Círculo Agrícola* no se permite que entren señoras. En cambio en los otros dos que he citado, hay comedores especiales contiguos á un salón; y avisando con anticipación, puede un soltero dar un convite seguido de recepción y hasta de baile, á las señoras y caballeros que tiene por conveniente.

En estas fiestas, en cuento un fondo de tristeza que las quita todo su encanto. Es algo así como la falsificación del hogar.



Num. 7.—Sombrero ANITA.

listitas cruzadas de seda negra, sembradas de igual modo que el fondo de menudas motas verdes, rosa, etc. Sobre este tema existen infinidad de variaciones de colorido; pero rara es la batista que no tiene algo de negro.

Según autorizados informes que me han sido graciosamente facilitados, el modelo tipo del traje de batista, se compondrá de una falda de seda negra, guarnecida en el borde con un rizadito de lo mismo, cubierta por otra falda de batista sin forro ligeramente recogida en los costados por medio de lazos de cinta, y de un cuerpo corto de batista, drapeado y escotado sobre un primer cuerpo de seda. La misma combinación se observará en las mangas, que tendrán exagerado vuelo. El borde inferior del cuerpo, desaparece bajo un

cinturón *Robes-pierre* de moaré negro, adición de que me ocupo en este mismo *Carnet* en párrafo aparte, por constituir por sí sola una novedad digna de especial mención.



Num. 8.—Traje de Primera Comunión.

Napolitanas.

Se ha dado el nombre de *Napolitanas* á unos graciosos tocados de altísima novedad que participan de la toca y del sombrero, sin que puedan ser justamente clasificados en los grupos formados por unas y otros.

La base de las *Napolitanas* es una copa plana cuadrada ó de forma irregular, unas veces de azabache y otras de menudas flores hábilmente tejidas. De esta copa parte una especie de ala plegada, de encaje negro ó crudo, que se prolonga detrás en dos originales caídas que cubren parte del peinado. El interior del ala forma dos ó tres pliegues acanalados, ocupados por ramitos de flores que quedan en contacto con los bucles del peinado. Algunos lazos de cinta y encaje combinados con flores ó plumas, completan el adorno de tan bonita como elegante novedad.

Blusas Miss.

El modelo de blusa á que me refiero, es de procedencia inglesa y constituye una prenda muy práctica y bonita para niñas de 10 á 15 años. En su confección puede emplearse alpaca, *surah* ó bengalina, de un tono tierra cocida ó gris azulado. Tanto la espalda como los delanteros son rectos y de una sola pieza, fruncidos en la cintura en igual forma que las blusas marineras que usan los niños. En torno del escote, aparece dispuesto un ancho cuello vuelto, sencillamente adornado en los contornos con triples filas de pespuntos. Las mangas son muy huecas y terminan á la altura de la sangría, dejando al descubierto unas primeras mangas ajustadas. Complemento de estas blusas,



Num. 9.—Traje de Primera Comunión.



Num. 10.—Traje de Primera Comunión.

es un ancho cinturón de cuero labrado, cerrado en el costado por medio de una hebilla cuadrada de acero liso.

Plumas escarchadas.

Uno de los adornos más inéditos y que más carácter prestan á los modelos alta novedad de sombreros de Primavera y Verano, son las plumas negras ó de color, escarchadas de oro, plata, acero ó azabache.

Estas plumas aparecen dispuestas en caprichosos grupos, unas veces en el centro de delante del sombrero y otras en los costados ó en la parte de detrás, y sus efectos son inmejorables en todas ocasiones.

Cinturones Robespierre.

La grandísima aceptación alcanzada por el lazo conocido con el nombre de *Robespierre* ó *Sans Gène*, ha dado origen á la aparición de un modelo de cinturón que hemos de ver muy reproducido en los trajes de fular y batista.

El cinturón á que aludo, se confeccionará preferentemente



Núm. 11.—Traje para recibir.

con cinta de moaré negra sumamente ancha; y las largas caídas del lazo que con ella se formará en la parte de detrás de la cintura, aparecerán rematadas con volantes de encaje.

Diadema Walkiria.

La acreditada joyería *Hirsch*, de París, acaba de exponer en sus escaparates una nueva alhaja, inspirada en la célebre ópera de Ricardo Wagner, *La Walkiria*.

Se trata de una diadema formada por un aro de oro, sobre el que aparece trazada una sencilla greca con líneas de diamantes. De los costados del aro parten dos alas de nevada pluma, chispas de polvo de diamante.

El efecto que produce este adorno al reflejarse en él los destellos de la luz eléctrica que ilumina los salones, no puede ser más fantástico ni más encantador.

CLEMENTINA.

Explicación de los grabados.

Núm. 1.—TRAJE PARA RECIBIR.—De lanilla color guinda. El bajo de la falda, que es de hechura campana, está cortado en grandes almenas adornadas con bisas de seda color guinda colocados sobre cenefas de aplicación, recortadas en terciopelo negro. Esta falda se prolonga en la parte superior formando un corse-



Núm. 12.—Traje para paseo (Delantero y espalda.)

Núm. 3.—CHACQUETA DE LUTO.—De lana diagonal negra, con delanteros y espalda fruncidos formando ancha aldetá acanalada. Una sardinetá de pasamanería negra, sujeta con grandes aplicaciones de lo mismo, cierra los delanteros á la altura del talle. Las mangas están rematadas por una larga esclavina compuesta de seis cuellos montados sobre un forro liso. Cuello *Medicis* de la misma tela. Precio del patrón: 2 50 pesetas.

Núm. 4.—CUERPO PARA TRAJE DE VISITA.—De lanilla fantasía, con cuello vuelto y grandes solapas bordadas por compactas filas de botoncitos de acero. Los delanteros se abren sobre una camiseta de seda moteada ajustada con un cinturón corselete. Mangas de pernil. Precio del patrón: 2 pesetas.

Núm. 5.—CUERPO PARA TRAJE DE PASEO.—Es de crespón de lana y terciopelo. La espalda y los delanteros son fruncidos, los últimos sueltos sobre un plastrón de terciopelo cortado en punta. Cuello escarolado de crespón, mangas huecas, adornadas con galones de terciopelo. Precio del patrón: 2 pesetas.

Núm. 6.—TRAJE DE PRIMERA COMUNIÓN.—Es de batista blanca. Entredoses bordados á la inglesa rayan la falda que es de forma campana. El cuerpo, corto, también aparece rayado por entredoses bordados, pero los de este están colocados en diverso sentido que los de aquella. Mangas huecas. Cinturón cerrado por una escarapela y lacitos prendidos en las bocamangas, de faya blanca. Gorra rizada y velo liso de linón blanco. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 7.—SOMBRERO ÁNITA.—Es de fieltro blanco. Un lazo de raso rosa y dos alas de pluma adornan el centro de delante de la copa.

Núm. 8.—TRAJE DE PRIMERA COMUNIÓN.—De linón blanco. Cuatro entredoses de guipure artística y un volante fruncido, constituyen el adorno de la falda. Cuerpo corto, en el que se reproduce el adorno de la falda. Mangas huecas, con hombreras, vuellitos y puños de guipure. Gorra abullonada y largo velo de linón blanco. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 9.—TRAJE DE PRIMERA COMUNIÓN.—Es de muselina blanca. Falda campana, guarnecida con ancho volante plegado á palas. Cuerpo corto. Los delanteros, fruncidos, están abiertos sobre un plastrón de tul bordado. Mangas lisas, con puños haciendo juego con el plastrón. Gorra y velo de linón blanco. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 10.—TRAJE DE PRIMERA COMUNIÓN.—De bengalina blanca. El adorno de la falda consiste en una cenefa bordada con fina *soutache* de seda blanca. Cuerpo corto, con plastrón y canesú bordados; el último rodeado de una berta fruncida. Mangas huecas. Cuello y puños bordados. Cinturón de raso blanco anudado sobre el costado. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 11.—TRAJE PARA RECIBIR.—De lana violeta rosado. Cintas de seda de igual color que el fondo, sujetas en su parte superior con botoncitos de nácar, adornan el bajo de la falda. Cuerpo corselete, prolongado por medio de aldetas mariposa,



Núm. 13.—Sombrero Aurora.

lete que oculta el nacimiento de un ancho plastrón de lana en el que se reproduce el adorno de la falda. Cuerpo chaqueta de lana, con solapas de terciopelo negro. Mangas huecas, guarnecidas en las bocamangas con bisas y aplicaciones. Tela necesaria para el traje: 10 metros de lana, doble ancho. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 2.—TOILETTES DE LUTO (1) PARA SEÑORA DE MEDIANA EDAD.—Falda de lana negro carbón drapada y recogida sobre una primera falda del mismo tejido, cuyo ancho aparece velado por un ancho bis de crespón inglés. Cuerpo sin costuras, entallado por medio de un corselete de crespón inglés. Mangas huecas. Sombrero de crespón inglés, adornado con un do de lo mismo. Tela necesaria para el traje: 10 metros de lana, doble ancho, y 3 de crespón inglés. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 2.—TRAJE PARA PASEO. (Espalda y delantero.)—Es de lanilla brochada fondo naranja, con dibujitos negros. La falda tiene por todo adorno dos grandes escarapelas de terciopelo negro prendidas sobre el costado derecho. Cuerpo abotonado, sobre el que se coloca una chaquetilla de terciopelo negro, con delanteros plegados en forma escalonada. Mangas de pernil, con puños de terciopelo. Sombrero de paja, adornado con una guirnalda de rosas blancas. Tela necesaria para el traje: 9 metros de lana brochada, doble ancho, y dos de terciopelo. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 13.—SOMBRERO AURORA.—Es de paja mosaico con copa cónica y ala lisa. Se adorna con un trenzado de junco, un escarolado de gasa de seda rosa y un grupo de margaritas blancas.

Núm. 14.—SOMBRERO LUISITA.—De paja rizada de tonos madera y heliotropo. La copa es semialta, y luce en calidad de adorno dos pompones de seda heliotropo, un escarolado de raso color madera y una pluma blanca.

Núm. 15.—TRAJE PARA CONCIERTO.—De faya y terciopelo de tonos gris verdoso y color musgo. Falda de faya, festoneada en el bajo. Los picos del festón dejan al descubierto un bis de terciopelo, cosido en una primera falda lisa. Cuerpo fruncido, con ancho canesú de terciopelo. Las mangas son también de terciopelo, con hombreras festoneadas de faya. Cinturón drapado, anudado sobre el delantero. Sombrerito de paja verde gris, adornado con capullos de rosa. Tela necesaria para el traje: 16 metros de faya y 6 de terciopelo. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 16.—TRAJE PARA VISITA.—(Delantero y espalda.)—De crespón rizado, color beige oscuro. Una ancha cenefa bordada al pasado con seda negra, guarnece la falda. El cuerpo es corto, fruncido en el escote y la cintura, y se adorna sencillamente con dos solapas de seda brochada, colocadas en la parte superior de la espalda, y otras tantas dispuestas sobre el delantero. Mangas huecas. Sombrero de paja beige, adornado con cintas y flores. Tela necesaria para el traje: 9 metros de crespón, doble ancho. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 17.—SOMBRERO CARMELA.—De encaje de paja. La copa desaparece bajo un escarolado hecho con cinta de dos caras de tonos marfil y azul; y sobre el ala, vuelta en los bordes, aparecen tirados con afectada negligencia dos grupitos de florecitas azules.

Núm. 18.—TRAJE PARA CALLE.—Cuerpo chaqueta de lana azul eléctrico, con doble aldetá sobrepuesta. El adorno de los delanteros consiste en solapas plegadas de moaré azul y del escote parte un cuello esclavina de lana y moaré montado en un cuello *Medicis*. Mangas de pernil. Falda de moaré, segunda falda de lana, guarnecida con galones perlados. Capota de paja, adornada con un lazo alsaciano de seda y encaje prendido por una hebilla perlada. Tela necesaria para el traje: 8 metros de lana, doble ancho y 5 de moaré.

Núm. 19.—REVERSO DEL FIGURIN ACUARELA.—(Véase la explicación)



Núm. 14.—Sombrero Luisita.



Núm. 15.—Traje para concierto.

EXPLICACION DEL FIGURIN

TRAJES DE PRIMAVERA Y VERANO PARA NIÑAS DE 2 Á 14 AÑOS.—Modelo 1.

1.—PARA NIÑA DE 12 Á 14 AÑOS.—Es de lanilla coral. Falda campana, con ancho volante sobre-

puesto cosido por medio de galones de seda blanca. Cuerpo corto abierto sobre un plastrón galonado, rodeado de solapas de terciopelo de las que parte una

doble berta de lana ribeteada con galones de seda blanca. Mangas huecas, en cuyas bocamangas se repite el adorno del plastrón. Cinturón cerrado por he-

billas de plata. Sombrero de paja, adornado con un lazo de cinta blanca. Precio del patrón: 3 pesetas. Modelo 2.

2.—PARA NIÑA DE 10 Á 12 AÑOS.—De bengalina y seda hoja seca. Falda de bengalina, adornada con profusión de lazos de seda. El cuerpo está

montado en un canesú de encaje blanco y se guarnece con una caprichosa berta de seda adornada á su vez con un entredós de encaje. Mangas abullonadas. Sombrero de paja, adornado con un lazo de cinta encarnada. Precio del patrón del traje: 3 pesetas. Modelo 3.

3.—PARA NIÑA DE 9 Á 11 AÑOS.—Larga levita de lana color cobre muy

bordadas de terciopelo. Los delanteros se abren acentuadamente sobre un plastrón liso, en torno del que se dispone una berta fruncida, bordeada en la misma forma que la aldetá. Mangas huecas. Cenefitas bordadas con fina *soutache* de seda negra, completan el adorno del cuerpo. Tela necesaria para el traje: 8 metros de lana, doble ancho. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 12.—TRAJE PARA PASEO. (Espalda y delantero.)—Es de lanilla brochada fondo naranja, con dibujitos negros. La falda tiene por todo adorno dos grandes escarapelas de terciopelo negro prendidas sobre el costado derecho. Cuerpo abotonado, sobre el que se coloca una chaquetilla de terciopelo negro, con delanteros plegados en forma escalonada. Mangas de pernil, con puños de terciopelo. Sombrero de paja, adornado con una guirnalda de rosas blancas. Tela necesaria para el traje: 9 metros de lana brochada, doble ancho, y dos de terciopelo. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 13.—SOMBRERO AURORA.—Es de paja mosaico con copa cónica y ala lisa. Se adorna con un trenzado de junco, un escarolado de gasa de seda rosa y un grupo de margaritas blancas.

Núm. 14.—SOMBRERO LUISITA.—De paja rizada de tonos madera y heliotropo. La copa es semialta, y luce en calidad de adorno dos pompones de seda heliotropo, un escarolado de raso color madera y una pluma blanca.

Núm. 15.—TRAJE PARA CONCIERTO.—De faya y terciopelo de tonos gris verdoso y color musgo. Falda de faya, festoneada en el bajo. Los picos del festón dejan al descubierto un bis de terciopelo, cosido en una primera falda lisa. Cuerpo fruncido, con ancho canesú de terciopelo. Las mangas son también de terciopelo, con hombreras festoneadas de faya. Cinturón drapado, anudado sobre el delantero. Sombrerito de paja verde gris, adornado con capullos de rosa. Tela necesaria para el traje: 16 metros de faya y 6 de terciopelo. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 16.—TRAJE PARA VISITA.—(Delantero y espalda.)—De crespón rizado, color beige oscuro. Una ancha cenefa bordada al pasado con seda negra, guarnece la falda. El cuerpo es corto, fruncido en el escote y la cintura, y se adorna sencillamente con dos solapas de seda brochada, colocadas en la parte superior de la espalda, y otras tantas dispuestas sobre el delantero. Mangas huecas. Sombrero de paja beige, adornado con cintas y flores. Tela necesaria para el traje: 9 metros de crespón, doble ancho. Precio del patrón: 3 pesetas.

Núm. 17.—SOMBRERO CARMELA.—De encaje de paja. La copa desaparece bajo un escarolado hecho con cinta de dos caras de tonos marfil y azul; y sobre el ala, vuelta en los bordes, aparecen tirados con afectada negligencia dos grupitos de florecitas azules.

Núm. 18.—TRAJE PARA CALLE.—Cuerpo chaqueta de lana azul eléctrico, con doble aldetá sobrepuesta. El adorno de los delanteros consiste en solapas plegadas de moaré azul y del escote parte un cuello esclavina de lana y moaré montado en un cuello *Medicis*. Mangas de pernil. Falda de moaré, segunda falda de lana, guarnecida con galones perlados. Capota de paja, adornada con un lazo alsaciano de seda y encaje prendido por una hebilla perlada. Tela necesaria para el traje: 8 metros de lana, doble ancho y 5 de moaré.

Núm. 19.—REVERSO DEL FIGURIN ACUARELA.—(Véase la explicación)



Núm. 16.—Traje para visita (Delantero y espalda.)



Núm. 17.—Sombrero CARMELA

ajustada al talle y cerrada con botones de terciopelo mordorado. La parte superior del cuerpo luce un ancho cuello formando solapas, adornado con cenefitas bordadas con seda negra, guarnición que se repite en el bajo de la levita que está abierta sobre una quilla de terciopelo mordorado. Mangas huecas. Sombrero de terciopelo mordorado. Precio del patrón del traje: 2 50 pesetas. Modelo 4.

PARA NIÑA DE 6 Á 8 AÑOS.—Está confeccionado con lanilla heliotropo tornasolada. La falda luce en el bajo dos giralaldas de flores bordadas al pasado y el cuerpo, sin costuras, se escota en forma puntiaguda sobre una camiseta fruncida rodeada de una berta lisa, berta y camiseta bordadas de igual modo que la falda. Mangas abullonadas. Sombrero de paja, adornado con un grupo de campanillas blancas y un lazo de cinta heliotropo. Precio del patrón del traje: 2 50 pesetas. Modelo 5.

PARA NIÑA DE 2 Á 4 AÑOS.—De *surah* brochado azul pálido. Túnica fruncida, adornada en el bajo y en la parte superior del cuerpo con entredoses de encaje blanco. Una berta rizada y un delantero fruncido de *surah* azul pálido liso completan este lindo traje. Mangas abullonadas. Sombrero de paja, adornado con plumas y lazos azules. Precio del patrón del traje: 2 50 pesetas.

Concurso literario de "La Ultima Moda,"

ARTÍCULOS PREMIADOS

¡Pobre niña!

El Teatro estaba lleno de bote en bote. Un aplauso general y espontáneo premiaba los inspirados esfuerzos de la artista que había logrado con su talento llegar al corazón de su auditorio.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?—decían algunos.

—Es la Emilia Rodíguez, que hasta ahora no



Núm. 18.—Traje para calle.

había desempeñado más que papeles secundarios y hoy se nos presenta como una estrella del arte.

—¿Es hermosa muchacha—decían otros—hará carrera.

—¿Con su genio?

—¡Psch!

—El genio por sí solo suele no ser bastante.

—¿Quién la protege? ¿Quién la ha lanzado?

—No lo sé de cierto; pero se ha pronunciado el nombre del marquésito del Zarzal.

—¿Ese calavera? ¿Qué dichoso!

Representábase *Adriana*. Tres veces consecutivas se había alzado el telón y la novel actriz había sido llamada al palco escénico. Los abonados habían abandonado sus asientos para dirigirse al escenario y dar personalmente á la artista las más aduladoras felicitaciones. Ella las recibió con la modestia del verdadero mérito; pero cuando quisieron seguirla hasta su cuarto negó la entrada á todo el mundo.

Un joven más osado avanzó por medio de todos: era el ya citado marquésito del Zarzal que con aire de suma fatuidad dijo en voz alta: —Emilia, á mí no me negarás que te acompañe.

La joven le dirigió una mirada de supremo desdén, y alzó el

portier sin contestarle. Entonces pudo ver que un caballero la esperaba en el cuarto.

—¡Ah! Me han ganado la delantera—dijo el marqués—esperaré al segundo turno.

Emilia se volvió al oír aquel insulto, y con toda la indignación del pudor ofendido y de la dignidad ultrajada le contestó:

—Es usted un infame y un cobarde.

Cayó el tapiz y la voz del que estaba dentro murmuró con toda su alma un sentido:

—¡Hija mía!

¿Quién era aquella hermosa criatura? Un sér destinado a sufrir en este mundo todos los males para gozar quizás en el otro todos los bienes. Una mártir desconocida. Hija de pobres y honrados jornaleros, una epidemia la dejó huérfana cuando apenas contaba siete años.

En la bohardilla inmediata, habitaba un matrimonio joven: ella era costurera, él un misero empleado de corto sueldo. Los pobres son caritativos, sin hacer alarde de esta virtud. El marido llevó a su casa a la niña y la recogió; la mujer la enseñó a coser para aligerar aunque poco la carga que voluntariamente se habían impuesto; pero de carácter duro y poco expansivo, hacía pagar a la pobre niña el beneficio que de su marido había recibido. Durante ocho años, la vida de Emilia fué un lento martirio, sin otra compensación que el paternal cariño de su protector. Hacía ya algún tiempo que éste había enfermado de la vista; su mal fué agravándose y concluyó por quedarse enteramente ciego. La falta de su recurso más importante, sumió a la familia en la mayor miseria, y la esposa no teniendo bastante virtud para arrostrarla, abandonó un día el hogar doméstico. Emilia entonces, único sostén del desgraciado ciego, trabajó con ardor; pero aquel esfuerzo, superior a su delicada constitución, hizo que enfermara, y llegó un día en que tuvo que tender su mano a la caridad pública.

Tenía quince años y era bellísima; pero la desgracia que había presidido a su niñez y seguía persiguiéndola en su primera juventud, predispuso su ánimo a la soledad y a la tristeza. En un convento en donde las buenas madres la encargaban algún trabajo, había presenciado muchas veces aquella vida, modesta sí, pero exenta de toda lucha, de todo cuidado. Envidiaba y ansiaba para sí una existencia igual a fin de hallar en ella la tranquilidad de su alma y el reposo de su quebrantado cuerpo. Esto era imposible. ¿Qué sería entonces del pobre ciego? ¿Cómo podía privarle de su único apoyo, de su único consuelo? Además a la toma del velo religioso precede la entrega de un dote, y Emilia no le tenía. Aún la faltaba otro Calvario que arrostrar y que por el momento modificó su afición al claustro.

Hemos dicho que su hermosura era extraordinaria; la necesidad la obligaba a salir sola a la calle y a escuchar a cada paso, no solo esas frases galantes que halagan a toda mujer, sino también los zumbidos groseros, verdaderos insultos que los zánganos callejeros acostumbran prodigar a toda joven bonita.

Emilia se hallaba en la edad en que el corazón de la mujer quiere llenarse con algo que se impone y se desea sin darle un nombre. Cuando eran cultas las frases que la dirigían, las agradecía como una flor que se abre al beso de la brisa y se iergue al contacto del rocío de la mañana. La vulgaridad ó la desvergüenza, encendían su rostro y oprimían su pecho, y alguna vez al llegar a su oído una proposición infamante, lágrimas ardientes nublaban sus ojos en sentida protesta contra una ofensa no merecida.

Un joven entre todos, era el más asiduo en galantearla; pero con distinción y delicadeza. Todos los días salía a su encuentro: ella adquirió la costumbre de verle, le esperaba y aunque sin responderle al principio, se dilataba su alma al escucharle. ¡Era tan guapo, tan discreto, tan elegante! Llegó un día en que le contestó ruborizada; al siguiente le permitió acompañarla, al tercero había aceptado sus relaciones. El hielo se había deshecho y descorridos el velo que ocultaba el vacío de su existencia. ¡Amaba!

Amaba, sí; con sencillez, ya que no con una completa ignorancia del amor; porque una joven sola, pobre y criada en el patio de una casa de vecindad, lo aprende todo desde su más temprana edad. Pero Emilia rechazaba el vicio por instinto, por repulso a su conciencia; y aunque crecida entre el lodo, no se había manchado ni aun con el pensamiento.

Su novio conoció pronto todas las angustias de su situación, porque la pobreza que se cimenta en la honradez y ha sido producida por la desgracia, no es vergüenza. El era rico, pero no aventuró el éxito de sus ideas a ofrecimientos importunos, porque comprendió pronto que el amor de Emilia podría darse, pero no venderse. Sabía también que su protector, en aquel tiempo amparado por ella, era un hombre honrado é incorruptible que la devolvía su sacrificio aconsejándola el bien, engrandeciéndola su alma é inspirándole ideas de resignación, de nobleza y de intransigencia con todo lo bajo y despreciable.

Necesitaba, pues, contrarrestar su influencia; porque el joven aunque enamorado, no llevaba su afecto hasta el punto de legitimarle ante un sacerdote. Era uno de tantos a quienes el dinero y la ociosidad dan los medios de llevar la desgracia y el deshonor al interior de algunas familias.

Debía por tanto proceder con cautela para no herir la susceptibilidad de la joven al mejorar su situación deplorable, é ir disponiendo el terreno para llegar á convertirla en una linda amante que halagase su vanidad y aumentase su fama de seductor irresistible.

El trabajo de Emilia, lo repetimos, era tan improbo

como poco lucrativo. Se exige virtud a la pobre obrera; se quiere que viva y que muera honrada. Era preciso, darla posibilidad para lo primero, antes de exigirle lo segundo. Los moralistas censuran el vicio y debe despreciarse cuando es el que produce la caída de la mujer; pero si al condenarla en absoluto se desconoce el horrible martirio de su existencia deslizando en días de fatiga y noches sin abrigo, tal vez sin lecho y casi sin pan; si aún puede acusársela, compadézcasela también, porque no todos los mortales hemos nacido para mártires.

El novio de la joven, aunque ocultando su nombre, era el marquesito del Zarzal.

Asiduo concurrente y abonado al Teatro Español, tenía en él influencia, y pensó que si lograba un modesto ajuste para su amada, aliviaría su miseria y a la vez la acostumbraría a esa atmósfera de bastidores, tan tolerante con ciertas faltas, cuya comisión no arrebató a la artista esplendor alguno.

La hermosura era ya una poderosa recomendación, y la petición fué atendida por el empresario.

Faltaba convencer a Emilia. Esta se excusó al principio con su timidez natural y porque no se creía con condición alguna para una carrera cuyos primeros rudimentos desconocía. Insistió él con confiadas seguridades, y como luchaban a la par en el corazón de la joven el temor y las necesidades no satisfechas, prestóse al fin a hacer la prueba con el propósito firme de renunciar, si en su conciencia no se consideraba digna de la remuneración fijada a su trabajo.



Núm. 19.—Reverso del Figurin acuarela.

¿Qué distinta era aquella, de la vida conventual con que en un principio soñaba Emilia! No sabía que alguna vez se llega a un objeto por los más encontrados caminos.

La infeliz abordó su nuevo estado a la vez con favorable y contraria suerte. Era demasiado bella para que la envidia no la injuriase y la calumnia no la mordiese. Lanzada a la escena por sus relaciones con un libertino, todos la consideraban amante suya; y tal vez no el único, cuando se supo que vivía con un hombre joven todavía y que no pertenecía a su familia, poniendo en duda los lazos de reconocimiento que con él la unían. En cambio sus progresos en el arte fueron rápidos. Desde sus primeros pasos dejó comprender un indiscutible talento y una gran disposición para la escena. Sus honorarios aumentaron en proporción de sus méritos. Huyó la miseria de su hogar; pero la reemplazó la pérdida de su reputación, reproduciéndose aunque por distinto motivo aquellas ultrajantes proposiciones que arrancaron a sus ojos tantas amargas lágrimas.

Emilia empezó a ver claro el móvil de la conducta del marquesito desde que conoció su verdadero nombre, y dispuesta más que nunca en aquel terreno resbaladizo a no transigir con la infamia, apagó en su corazón el principio de afecto puro y honrado que le profesaba, tan bastadamente correspondido. Irritóse el seductor, dejó no solo que se cebasen las lenguas calumniadoras en la honra de Emilia, sino que ayudó despechado al ultraje, suponiéndose favorecido y fingiendo celos. Este proceder le granjeó el desprecio de la joven, que cortó definitivamente sus relaciones con él.

En la noche de su beneficio, en que la hemos conocido por primera vez, se representaron dos dramas: el anunciado para el público y otro quizás más terrible por sus resultados en el cuarto de la actriz.

El marqués, ciego de cólera por el público desprecio de Emilia, se precipitó en su cuarto, olvidando todo género de respetos, y acaso habría llegado hasta a maltratarla como un villano, si el grito de terror que

lanzó la joven al conocer su intención retratada en sus ojos no hubiera impulsado al pobre ciego que era el caballero que la esperaba, a dirigirse hacia el marqués con esa delicada percepción de tacto y oído con que suplen estos desgraciados el sentido de que carecen. Estendiendo los brazos atinó a asirle por el cuello y le habría ahogado, si las personas que le acompañaban no se hubieran precipitado a separarlos. Consiguieronlo a duras penas; pero el marqués pedía furioso satisfacción por aquel insulto. ¿A quién? A un hombre que por su inmensa desgracia no podía dársele? ¿De qué modo?

—Sí, yo satisfaré a ese calumniador—gritaba el infeliz—nada importa mi ceguera, porque me sobra corazón, y cuando no se teme a la muerte hay medio siempre de darla ó recibirla dentro de las condiciones de un duelo. Yo impondré las mías; mi estado de desgraciado precisará a ese hombre a admitirlas. Enviéme usted dos testigos señor Marqués: en mi casa esperarán los míos. Si no lo hace usted a pretexto de mi inutilidad, no será eso bastante para impedirme que en la primera ocasión que lo exija, ponga mi mano en el rostro de usted.

Emilia estaba transida de dolor.

A la escena, a la escena—gritó el empresario—va a levantarse el telón. El público se impacienta y no podemos hacerle esperar más. Esto se ha concluido.

La joven conoció entonces todas las espigas de su nueva carrera, entretregadas en la corona de gloria que había conquistado. Salió nuevamente, su estado nervioso ayudó a su natural inspiración; hizo furor, produjo un delirio; pero al final, al retirarse a su cuarto, cayó desmayada en brazos de su bienhechor. El marqués se había retirado.

Al día siguiente un hecho sin nombre que horrorizó a todo el mundo tuvo lugar entre los dos contendientes. En todo el día nada notó Emilia ni en el rostro, ni en la actitud de su protector; pero cuando llegó la hora del ensayo al que según costumbre la acompañó, subió en un coche que le esperaba y que ya ocupaban otros dos hombres, y todos se dirigieron fuera de Madrid.

En un punto convenido se detuvo el carruaje y allí se reunieron con otros tres caballeros que los esperaban.

El desafío, mejor dicho, el asesinato iba a realizarse con todas las leyes de un honor falsamente invocado. Dos pistolas. Una sola cargada y apuntando al corazón. Para esto no se necesita la vista. Se oyó un disparo, un ¡ay! lastimero; y un hombre cayó al suelo herido de muerte.

Era el pobre ciego.

Un mes después, una joven hermosa, pálida y casi moribunda tomaba el velo en las Descalzas Reales. Los descos de aquella joven se había realizado. Vestía el ansiado hábito; pero después de haber probado y pasado en la tierra el martirio de la miseria el martirio del corazón, y hasta el martirio de la gloria.

Profesó al año siguiente; pero poco después, aquel alma tan pura y tan atribulada, voló a un lugar en donde sin duda halló la merecida recompensa de sus admirables virtudes.

CÁRMEN ROJO.

Madrid.

A la luz de la lámpara

Racha de bailes.—El de la duquesa viuda de Bailén.—Lluvia de flores.—Concurrencia aristocrática.—Los encajes y el terciopelo.—El día del baile.—Las que saben cuidarse.—La colonia extranjera.—Lo que debía hacerse.—En los teatros.

¡Qué racha de fiestas! El domingo se bailó en el palacio de Liria, el lunes recepción en la Huerta y vuelta a bailar en la embajada inglesa; el miércoles baile grande en el palacio de Portugalete, el jueves baile en el hotel de los condes de Casa Valencia, el viernes recepción en las moradas de la condesa de Castañeda y de la marquesa de Añover; el sábado baile en la embajada de Italia y en casa de la Sra. Pardo Bazán.

Y además banquetes grandes y almuerzos como el de la embajada de Alemania en honor del maestro Levi, que ha venido a dirigir los conciertos en el teatro del Príncipe Alfonso, y luego la compañía de ópera, y la Montbazón en la Princesa, y Novelli.

Vamos, que no se reposa en el mundo elegante, y que la Primavera ha comenzado de un modo animadísimo. El baile de la duquesa viuda de Bailén fué suntuoso: un baile grande, magnífico y brillante, como los de los mejores tiempos de Madrid.

Los criados, de gran librea, con los casacones rojos que es el color heráldico de la casa; la escalera de mármol, cubierta materialmente de flores y macizos enormes de violetas, de jacintos y de claveles, sirviendo de base a los tallados heraldos de la antesala; el precioso busto de María Antonieta del primer salón, a la artística estatua del director de orquesta, que parece presidir la fiesta desde una hornacina del salón de baile. En todas partes flores fragantes, hermosas, recién llegadas de los jardines de Valencia, de Barcelona, de Murcia.

Entre la concurrencia, la infanta Isabel con su alta servidumbre, y las damas más hermosas y linajudas de la Corte, y todo el cuerpo diplomático, y el coro juvenil de muchachas bonitas, el cuerpo grave y solemne de los personajes; en trajes femeninos lo más elegante y lujoso, y en joyas lo más espléndido.

Un baile grande, como el de la duquesa viuda de Bailén, representa una gran cantidad de dinero puesta en circulación. La casa que le da, por bien preparada que esté, tiene que hacer gastos imprescindibles en flores para decorar los salones, en orquesta, en iluminación, en la cena y refresco, en los accesorios del coti-



FIGURIN ACUARELA DE LA ULTIMA MODA

Administracion: CLAUDIO COELLO. 13. MADRID

*Las enfermedades nerviosas de las mugeres y
las convulsiones de los niños se curan radicalmente
con el Jarabe bromurado Laroze (de Paris)
Exijase la firma de J. P. Laroze*

*El Jarabe de dentition Delabarre
e, empleado en fricciones sobre las encias la
previene todos los accidentes de la 1.ª denticion*

*Pildoras de Blancard
eficacisimas contra la Clorosis
(Colores Palidos)
y para modificar las constituciones hipoflicas e debilitadas*

llón, en el aumento de la servidumbre; y los que van, corresponden á estos gastos con los desembolsos indispensables los que quieren presentarse como es debido, y con los más escesivos los que van á brillar y á lucir figurando en primera línea.

Sería curioso sumar todo lo que vale lo que lleva una gran dama cuando asiste á una de estas fiestas. Las esmeraldas que lució la marquesa de la Puente, los brillantes de la de la Laguna, las perlas de la de Linares, representaban un gran capital.

Asistimos á la resurrección del encaje: en todos los trajes elegantes que aparecieron en el palacio de Portu-galete, se lucieron, cubriendo casi por completo las faldas y siendo riquísimos los de la duquesa de Alba, los de la condesa de Esteban Collantes, y los de la Sra. de Cánovas del Castillo.

Con los encajes alterna el terciopelo de tonos delicados: el rosa pálido, el amarillo, el azul, el heliotropo.

Un día de baile grande es ocupadísimo para una señora; porque se preocupa de la fiesta desde que se levanta. El baño diario se prolonga un poco más que de ordinario; porque como hay que lucir el escote, es preciso cuidar bien la blancura de los hombros, del pecho y de la espalda.

Luego sigue el peinado con arreglo á las joyas que se han de llevar; después, ya de bata y á continuación del almuerzo, se procede á examinar el maniquí vestido por la doncella con el traje que se ha de lucir en el baile, se le dá la última mano, se combinan los adornos, se sacan las alhajas y se deja todo preparado para no hacer más que vestirse á la vuelta de paseo ó de las visitas.

En vestirse se emplea más tiempo que otros días: hay que cuidar mucho de que la media de seda no haga ni la más pequeña arruga, y de que el zapato de raso, sin ser muy amplio, esté holgado; porque en el baile hay que estar mucho tiempo de pie.

También hay que poner cuidado en la cuestión de la forzada esbeltez; pues no vale la pena por disminuir un par de centímetros el talle, oprimirse hasta el punto de que el pecho suba demasiado y cause fatiga al poco tiempo de haberse puesto el corsé.

Vestirse después de comer es anti-higiénico, y muy propenso á los enfriamientos que cortan la digestión; por eso aunque para el baile se invite á las diez y no se vaya hasta las once, las señoras tienen que estar vestidas desde las ocho.

Así es que cuando los bailes se suceden sin interrupción, llegan á producir verdadero cansancio.

Las damas que saben cuidarse bien, no permanecen en el baile más que hasta la una ó las dos de la madrugada. De las once á las dos son las horas culminantes del baile, las de lucirse y brillar: luego comienza un poco la fatiga que sólo pueden soportar las jóvenes.

Las señoras que mejor se han conservado, han estado siempre muy poco en los bailes. La duquesa viuda de Medinaceli, hoy de Denia, no ha hecho nunca más que lo que se llama una aparición; esto es, llegar, saludar á la dueña de la casa, dar una vuelta general por los salones, tomar un ligerísimo refuerzo en el comedor y retirarse.

A la duquesa de la Torre nunca la han dado las dos de la madrugada en una fiesta.

Una de las cosas que más fatiga y aja el cutis, es trasnochar: al volver á casa de un baile grande, las señoras que se cuidan toman un baño tibio antes de acostarse, porque esto calma mucho los nervios y predispone al sueño tranquilo.

Las que tienen hijas solteras que bailan el cotillón, se ven obligadas á sacrificarse, y verdaderamente es un sacrificio para una señora que no está en su primera juventud, permanecer hasta las cuatro ó las cinco de la mañana, encorsetada, vestida de gran gala, con joyas y plumas en el tocado y dando inevitables cabezadas.

Las que no sienten la fatiga y el cansancio son las jóvenes. ¡Qué de bailar! Nunca se ha bailado tanto vals, rigodones, lanceros, los viejos lanceros que resucitan, el *pas á quatre*, y por remate el cotillón con multitud de figuras.

Del palacio de la duquesa viuda de Bailén, se salió ya bien entrado el día.

A todas estas fiestas han asistido la duquesa de Manchester, su hermana, las señoras de Bastegui, la de Escandon, hermana política de la joven duquesa de Montellano, y en general todas las damas de la colonia inglesa y americana que residen actualmente en Madrid.

Si aquí supiéramos comprender nuestros intereses y hubiera un municipio celoso y cumplidor de sus deberes, haríamos esfuerzos por atraernos la rica colonia americana, que gasta todos los años un capital enorme en París.

La vida en la capital de Francia no es ahora muy tranquila, pues apenas pasa semana sin que estalle una bomba que cause multitud de víctimas, y Madrid podría recoger esos huéspedes ricos que buscan tranquilidad y diversiones, á poco que se hiciese para arreglar y limpiar la capital.

La ilustre duquesa de Uzés, que ha estado aquí de paso unos días, hacía elogios entusiastas de nuestros Museos.

—Hay que confesar—decía—que no se conoce en todo su valor á Velázquez, á Murillo y á Goya, hasta que se viene á Madrid, y en el Museo Arqueológico tienen ustedes ejemplares que no hay en el de Cluny ni en el de Londres.

Nuestra sociedad aristocrática es hospitalaria y cariñosa cuando se trata de obsequiar á extranjeros ilustres. Sólo nos faltaba un buen municipio, pues aún cuando la afluencia de viajeros fuese grande, ya se establecerían buenos hoteles.

El de Roma está ahora lleno de bote en bote, y los

huéspedes son muy distinguidos, principalmente americanos: en el de Sevilla hay una elegante colonia de la aristocracia de provincias, que no tiene casa en la Corte.

En el primero recibe todos los viernes la opulenta dama americana señora de la Orda; en el segundo está la marquesa del Solar con sus hijas, la condesa de Bacer y otras.

El teatro Moderno ha cerrado sus puertas por indisposición del público; en cambio el del Príncipe Alfonso está animadísimo y brillante, y el de la Princesa se ha llenado todas las noches que ha cantado la graciosa creadora de la *Mascotte*.

En la Comedia, es el público más distinguido que numeroso, y es de lamentar que Novelli no obtenga en su campaña tantos resultados pecuniarios como éxitos artísticos. Pero la gente es así, y le gusta más escuchar un *couplet* picaresco, que ver morir en la *Morte Civile*, ó asistir á la extrangulación de la pobre *Desdémona* por el bárbaro *Otello*.

Dos matrimonios concertados se han roto: el de un distinguido *sportman* con una joven marquesa heredera de dos grandezas de España; y el de un joven conocido, con la hija de un diplomático extranjero.

Pero otros se llevarán á cabo, y la bendición de Dios caerá sobre todos, como cae ahora sobre los campos, con estos aguaceros de Abril, que prometen á los agricultores una gran cosecha.

EL ABATE.

Preguntas y respuestas

FLOR DEL VALLE.—Debe usted confeccionar una falda campana de seda ó moaré forrada, y una segunda falda sin forro, de lanilla ó batista ligeramente recogida en los costados sobre la primera falda.—Basta con que usted le dé las gracias por medio de la persona intermediaria.

F. M. DE P.—No contesto á usted con el seudónimo que me indica por ser éste usado por otra señora suscriptora.—He aquí un modelo de edredón que creo será del gusto de usted, pues resulta muy bonito y elegante. El fondo, de raso, aparece adornado con cuatro motivos diferentes bordados sobre las esquinas, y el sitio que queda libre en el centro, se ocupa con un nombre ó enlace de gran tamaño, también bordado al pasado.—El forro se encierra en un marco formado por un escarolado de seda de 10 centímetros de ancho, separado de un segundo escarolado de igual tamaño por medio de un entredós de fina guipure de seda color crudo.—Una ancha puntilla haciendo juego con el entredós, rodea los contornos del edredón y completa su adorno.

A UNA ALDEANA PESADA.—No hay de qué.—Ese inconveniente desaparece usando antes que los polvos la *Crema de la Meca*.—Facilito á usted á continuación la receta para hacer una pasta de almendra que proporciona excelentes resultados para el cuidado de las manos.—Se machacan en un mortero de cristal 50 gramos de almendras peladas; y aparte, en otro mortero, 30 gramos de raíz de lirio. Cuando ésta queda perfectamente pulverizada, se une á las almendras añadiendo después cuatro yemas de huevo y completando la preparación con 200 gramos de alcohol y veinte gotas de la esencia predilecta, todo ello bien mezclado al calor de un fuego lento. La pasta que de éste modo se obtiene se envasa en tarritos de cristal ó porcelana, y se usa por mañana y noche después de haberse lavado las manos con agua y jabón.

J. P. DE V. DE R.—Tomo nota de su encarguito y será usted complacida lo antes que nos sea posible.

F. R.—Lo mismo digo á usted.

V. R. DE L. GALICIA.—Tengo en ello mucho gusto, y siempre que lo juzgue usted necesario no debe vacilar en dirigirse á mí en la completa seguridad de serme agradable.

UNA SUSCRIPTORA RUBIA.—En el próximo número no puede ser, porque las hojas de dibujos se hacen con bastante anticipación; pero prometo á usted que las cifras que necesita serán publicadas lo más pronto posible.

T. R. D. SEGOVIA.—Las joyas se regalan siempre en estuches de raso ó terciopelo.—No, señora; más bien son cortas y con vuelo muy poco exagerado.

MORAIMA.—Como no firma usted con su nombre ni indica el sitio de su residencia, no se si es usted la señora suscriptora que está anotada hace bastante tiempo en el libro de seudónimos con el que en su carta me indica, y se lo advierto á fin de que en caso contrario elija usted otro seudónimo para evitar confusiones.—El traje en cuestión debe usted adornarlo con encajes negros, completándolo con una camiseta de crespón de la China maiz.—Sí, señora.—Flores, lazos y plumas.—¿El papel cuyo precio me pregunta es para calcar ó para otro objeto?

NINFA DEL BETIS.—El precio de un ejemplar del libro de *Balart* titulado *Dolores* es, 3,75 pesetas certificado y franco de porte.—Este verano se usarán muy poco trajes de colores lisos: la mayoría de los tejidos novedad son jaspeados, moteados, listados etc. y lucen caprichosas combinaciones de colores, dominando los tonos verde gris, violeta rosado, rosa vivo, verde, negro y amarillo.—Mil gracias por sus bondadosas frases de felicitación.

R. M. DEL B. VALENCIA.—Precisamente en su *Carnet* de este número se ocupa Clementina de los trajes de batista.—El sombrero del año pasado que me describe usted, y muy bien por cierto, resulta tan distinto á los modelos novedad que opino que perdería usted el tiempo al tratar de modernizarlo.—La capota de paja mo-saico no está en el mismo caso, y un gran lazo de seda negra prendido con artística hebilla, bastará para darle aspecto de novedad.

B. C. LERIDA.—Siento mucho no poder aprovechar-

me de su galantería, pero ese seudónimo está hace tiempo anotado en el libro, lo cual no evita que quede yo reconocida á su atención.—9 pesetas.

MAR ROJO.—Del tamaño que le sea á usted más cómodo, pues en esto no exige la Moda una medida determinada.—Tomo nota de los encarguitos que se sirve usted hacerme.

CONCHA.—Su idea me parece excelente.—Raso heliotropo para el fondo, y sedas matizadas de tonos rosa muy pálido y verde hoja seca para el bordado.—Un volante de encaje.—El fondo debe medir un metro en cuadro.—Su lindo nombre apareció varias veces en las hojas de dibujos de nuestro semanario, en los números 62, 47, 117, 109, 143, 154, 254, 271 y 274.

P. G. ZARAGOZA.—Enterada de cuanto me dice usted en su cartita, no puedo menos de aplaudir su resolución; y si me es dado complacer á usted, no dejaré de manifestárselo oportunamente.

V. A. SANTESTEBAN.—Servido patrón.—Actualmente no se usa ningún modelo de falda de la hechura indicada por usted y ésta es la razón de no haberla enviado su patrón y si el de una falda moderna.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.—Tan pronto como fué en mi poder su muy grata, trasladé su pedido á M. Sauva y supongo los tres patrones en poder de usted.—Para confeccionar la blusa *Zoraida* necesita usted cinco varas de seda para el forro ajustado y diez de muselina de seda para la espalda, los delanteros y las mangas.

M. G.—Ruego á usted que repita su encargo con más claridad, pues no entiendo bien si quiere usted dos patrones de falda de hechura diferente ó uno solo compuesto de una primera falda con volante y una segunda falda recogida en los costados.

LEODISKA.—Siento mucho no poder complacer á usted por esta vez; pero desconozco el asunto á que usted se refiere por no haber llegado su carta á mis manos.

C. BURGOS.—Debe usted reclamar al repartidor que la sirve los números, pues la culpa no es de nuestra parte.—En el número 272 encontrará usted un bonito modelo de cuadro de malla.—Diga usted á esa señora que muy pronto verá realizados sus deseos.

PALMERAS ESBELTAS.—Debe usted confeccionarlo con crespón de lana. Precisamente en este número figuran varios modelos de trajes de luto que puede usted copiar.—Siento mucho no poder complacer á usted en esto; pero mis muchas ocupaciones me privan de ese gusto.—Recomiendo á usted en cuanto á la hechura el modelo de blusa que completa el traje representado por el grabado núm. 6 del núm. 326.—Mil gracias.—Entonces no me queda otro remedio que desear que sea por mucho tiempo.

C. N. DE E.—No tiene usted por qué disculparse, pues demasiado sé yo que cuando usted no me escribe no es por falta de voluntad.—Su encarguito está preparado, pero no se lo hemos remitido á usted porque al ir á efectuarlo nos encontramos con que si bien sabemos el sitio de su residencia, ignoramos las señas de su domicilio.—Lo mismo digo á usted, y ciertamente que no de cumplido.

C. V. MINAS DE LA REUNIÓN.—Su reclamación fué inmediatamente atendida.—Tiene usted que enviarnos las medidas siguientes: ancho del pecho, ancho de la espalda, cintura, largo de la manga y largo del pantalón.

A UNA FILÓSOFA.—Contestación á sus preguntas: 1.ª Si, señora; si el niño está bastante desorrollado el modelo en cuestión resulta á propósito. Puede usted confeccionarlo con lana beige pálido, haciendo la camiseta de *surah* azulina ó grana.—2.ª Conozco algunas que reúnen las dos primeras condiciones, pero las tres reunidas me parecen muy difíciles de encontrar en una misma persona.—4.ª Dígame usted cuáles son los precios que juzga razonables, y entonces podré decir á usted si puedo ó no facilitarla lo que desea.—4.ª Demasiado comprenderá usted que me es imposible, porque esta clase de asuntos requieren el empleo de un tiempo del que no puedo disponer.—Reconozcame usted como una buena amiga.

LA PRIMAVERA.—En este número y en la sección correspondiente, verá usted publicada la receta que desea conocer.

M. G.—Remiti á usted el patrón de esclavina *Estola*, que debe usted confeccionar con moaré y encaje negro.

T. DE LA R.—No le extrañe á usted: es una medida general en beneficio de las señoras que nos favorecen.—El color heliotropo rosado.—¿Por qué nó? Si algo me extrañaría es que sucediese lo contrario.—Espero que ampliará usted su promesa, y en caso contrario me reservo el derecho de reclamar.

SERAFINA.—Aceptamos con mucho gusto sus plácemes.—En efecto, como algunos de los nuevos grabados que recibimos de París son de mayor tamaño que los anteriores y deseando siempre mejorar para cumplir nuestro constante propósito, hemos aumentado el tamaño del periódico. Extraña usted que nada hayamos dicho. ¿Para qué? Nuestras constantes favorecedoras nos conocen ya, y saben que sin pomposas promesas hacemos cuanto no es posible en su obsequio.—La muestrecita que me envía usted es muy bonita y elegante. El traje resultará precioso.—Gracias por las dos suscriptoras que nos ha proporcionado.—Cuando y como usted quiera.

LA SECRETARIA.

LIBROS NUEVOS

Con el precioso é interesante libro *El Bordado y los Encajes* reanuda «La España Editorial», la publicación regular de su importante *Biblioteca de Bellas Artes*.

Este libro es la historia completa de los orígenes, desarrollo y vicisitudes de estas dos interesantísimas industrias de arte, escrita por hombre tan competente como Ernesto Lefebvre, administrador del Museo de Artes Decorativas de París, é ilustrada con 148 hermosos grabados que representan los modos de fabricación en todos los

